

Cristianismo
y Economía
de Mercado



JAVIER ARANGUREN ECHEVARRÍA

Ser personal y hecho cristiano

Sobre el sentido
de la fe cristiana
en la actualidad

JAVIER ARANGUREN ECHEVARRÍA

PREMIO
DIEGO DE COVARRUBIAS
2018

SER PERSONAL Y HECHO CRISTIANO

Sobre el sentido
de la fe cristiana
en la actualidad



Unión Editorial



CENTRO DIEGO
DE COVARRUBIAS

THINK!

© 2018 JAVIER ARANGUREN ECHEVARRÍA

© 2018 UNIÓN EDITORIAL, S.A.

c/ Nicaragua 17 • local • 28016 Madrid

Tel.: 91 350 02 28

Correo: editorial@unioneditorial.net

www.unioneditorial.es

© 2018 Centro Diego de Covarrubias

Correo: info@centrocovarrubias.org

www.centrocovarrubias.org

Compuesto e impreso por JPM Graphic, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

PEQUEÑAS GRANDES OBRAS

El Centro Diego de Covarrubias está empeñado en diseminar textos que presenten las realidades, logros y propuestas del Cristianismo y el Liberalismo, en su histórica función vertebradora de la vida social. Va en nuestra condición y en ello estamos. Y lo estamos tanto más cuanto mayor sea la injerencia del Estado en la vida de personas y empresas en una sociedad cada vez más acosada por administraciones superpuestas y grupos de presión que persiguen ahorrar las libertades a sus preferencias. Es lo suyo y es lo nuestro. De ahí la propia existencia de la Colección Cristianismo y Economía de mercado, ya bien conocida.

En esa línea de defensa de la libertad, hemos pensado en traer a la palestra una nueva línea de publicaciones. Se trata de recoger algunas cortas manifestaciones que, por su poca longitud, se ven marginadas de los textos formales al uso, pero que por su enjundia e interés conviene sean presentadas como se merecen. Son artículos de una cierta longitud, transcripciones de discursos y conferencias, prólogos de obras de terceros, resúmenes de textos fundamentales pero difíciles, reseñas de otras obras de mucha mayor extensión... No importa su origen o formato inicial, su factor común es la calidad, la trascendencia y el impacto que las acompaña.

Queremos que esas manifestaciones próximas al conjunto de ideas que nos son propias sean elevadas al rango de lo

imperecedero. Y la mejor forma de hacerlo, a nuestro juicio, es publicándolas en forma de librito, opúsculo, cuaderno, panfleto o comoquiera prefiramos llamar a nuestra iniciativa. Así, estas breves obras, algunas de las cuales merecen ser calificadas de maestras, permanecerán más fácilmente entre nosotros y llegarán a más lectores. De otra forma, su alcance sería menor y perderíamos mimbres de nuestro acervo cultural.

Esperamos y deseamos que la lectura de estos pequeños libros os sea satisfactoria y deje en vuestra memoria el poso de conocimiento que por su valor se han ganado. Así sea.

Centro Diego de Covarrubias

ÍNDICE

I. Sentido subjetivo y objetivo de la cuestión.....	11
II. El encuentro personal.....	14
III. Contemplar el rostro del Otro	17
IV. Cristianismo y negatividad	21
V. La belleza y los santos	25
VI. Cinco razones que unen la antropología con el ser cristiano	27
Bibliografía.....	33

I. Sentido subjetivo y objetivo de la cuestión

El propósito de este texto es presentar unas breves reflexiones sobre *qué sentido tiene seguir la fe cristiana en la actualidad*. Es un tema amplio, en el que en primer lugar habría que decidir si enfrentarse a él desde un punto de vista *subjetivo* u *objetivo*.

El punto de vista *subjetivo* llevaría a un título distinto para este texto: *Por qué soy cristiano*. En él se intentaría plantear por qué razones trata de vivir cristianamente una persona normal y corriente del siglo XXI, acostumbrada al uso de la razón y alejada de los fanatismos con los que de forma por lo general cargada de prejuicios se tacha a las personas de fe. ¿Por qué es cristiano alguien que tiene afición al cine, al fútbol o a la novela negra escandinava? ¿Alguien que se gana su vida por medio de su trabajo, que se enfada en los atascos, a quien le cuesta aceptar la constante presencia del 21% de IVA en sus compras, al que le gusta compartir y *perder* el tiempo con sus amigos? En tal caso, este texto debería ser autobiográfico, y no es claro que la existencia de su autor pueda despertar un interés especial ni justificar un largo o breve número de páginas.

El planteamiento *objetivo* podría presentar más interés. Aunque tampoco esta óptica es completamente posible. El cristianismo no es un tratado teórico. Acercarse a la lectura del Evangelio pide al lector una actitud diferente a la que inclina la lectura de Platón o de Aristóteles. Desde la perspectiva de la fe, lo cristiano es algo vivo. Y es que el creyente sabe con una evidencia mayor que las deducciones más racionales que Jesucristo (fundador de esta religión, y también protagonista de la misma a la vez que Redentor de los hombres) no es una figura anclada en el pasado. Su resurrección, el hecho de haber vencido a la muerte, le hace trascender el

tiempo histórico. El hecho de estar «a la derecha del Padre» y la *Presencia Real* eucarística, permiten que el hombre y la mujer de fe se encuentren con Jesús cara a cara en cualquier momento del difícil transcurrir de los asuntos humanos, en la presencia de un Sagrario o en ese sagrario que cada uno tiene en el corazón. Para el creyente, la fe no es un añadido, una *guinda* en el pastel de la existencia, sino precisamente el *principio formal* (la *fuerza transformadora*) que caracteriza por completo su encuentro con la realidad: «Para los que aman a Dios todo es para bien».

Es verdad, esto se aplica a las personas con fe, pues no todo el mundo está en posesión de esta virtud (al ser teologal, es puro don –gracia– de Dios), ni todo el mundo acepta, por tanto, la posibilidad del *Hombre-Dios*, o el milagro de la Transubstanciación. Y, sin embargo, todos deben admitir que precisamente esas son realidades a los ojos del creyente, y por lo tanto deberían ser tenidas en cuenta en la discusión sobre el sentido objetivo de qué es ser cristiano hoy. De otro modo, lo cristiano puede verse reducido a motivaciones sociológicas, psicológicas, psicoanalíticas, de relaciones de poder, incluso de servicio social, que de ninguna manera reflejan o hacen justicia a la *esencia del cristianismo* tal y como la experimenta el creyente.

En consecuencia, no parece adecuado un acercamiento a lo cristiano que sea meramente teórico, como si la fe se redujera a ser un marco de interpretación, unas gafas con cristales amarillos que pudieran sustituirse sin más por otras de cristales azules, un sombrero. A fin de cuentas, la fe predicada no se dirige meramente hacia la aceptación intelectual de un mensaje, doctrina, código moral o legislación. Es una fe que mira directamente hacia una Persona (Jesucristo), y el encuentro con las personas siempre se realiza dentro de una

dinámica dialógica: en la conversación, en el cruce de miradas en reciprocidad.

La pregunta por la *esencia del cristianismo* ha sido contestada de modos muy diversos. Se ha dicho que lo esencial del cristianismo es que en él la personalidad individual avanza al centro de la conciencia religiosa; se ha afirmado asimismo que la esencia del cristianismo radica en que en él Dios se revela como Padre, quedando el creyente situado frente a Él directa e inmediatamente; también se ha sostenido que lo peculiar del cristianismo es ser una religión que eleva el amor al prójimo a la categoría de valor fundamental. Esta enumeración podría prolongarse todavía, hasta llegar a aquellas teorías que tratan de presentar al cristianismo como la religión perfecta en absoluto, tanto por ser la más acorde con los postulados de la razón, como por ser la que contiene la doctrina ética más pura y la que en mayor grado coincide con las exigencias de la naturaleza.

De todas estas respuestas no hay ninguna que dé en el blanco.¹

La razón de esta falta de *puntería* a la que se refiere Romano Guardini es doble.

- 1) Por un lado, se podría afirmar justamente lo contrario de cada una de esas posibles *claves de lo cristiano*. Por ejemplo, no es raro que se presente el hecho cristiano como una creencia que resulta represora de la «espontaneidad» instintiva en el campo sexual o de la violencia, y por lo tanto máximamente contraria a las exigencias de la naturaleza —hay que recordar que Nietzsche calificaba lo cristiano como una *moral de esclavos, de rebaño*, y frente a eso propugnaba la violencia

¹ GUARDINI, R. (1984): *La esencia del cristianismo*, Ediciones Cristiandad, pp. 15 y ss.

como vía para llegar al «nuevo hombre», hombre que sería acorde con el instinto natural—.

- 2) Por otro, y es lo más importante, son todas ellas proposiciones abstractas, que reducen lo cristiano a conceptos generales. Por el contrario, continúa Guardini,

el cristianismo no es, en último término, ni una doctrina de la verdad ni una interpretación de la vida. Es esto también, pero nada de ello constituye su esencia nuclear. Su esencia está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra, su destino concretos; es decir, por una personalidad histórica.²

II. El encuentro personal

La esencia de lo cristiano no es, por tanto, un concepto, sino *una persona concreta*. Quien quiera conocer qué significa ser cristiano, no ha de fijarse, por tanto, ni en preceptos morales, ni en la organización jurídica de la Iglesia, ni en la predicación sobre doctrina social, ni en los problemas que diferentes miembros del estamento eclesiástico hayan podido tener o causar a lo largo del transcurso de los siglos. Ser cristiano es encontrarse con Cristo, que es el mismo «hoy, ayer y siempre», y que invita a sus interlocutores a replantearse su vida, de forma análoga a como el encuentro con la persona amada nos mueve (nos conmueve) hasta el punto de hacernos cambiar los valores por los que nos desenvolvíamos en nuestro día a día. De ese modo lo comentaban los discípulos que huían de Jerusalén hacia Emaús: «¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (*Lc 24, 32*).

² *Ibid.*, p. 19

En un documento programático como fue la *Carta Apostólica «Al comienzo del Nuevo Milenio»*,³ el papa san Juan Pablo II señalaba justamente este punto. ¿Qué es lo que se proponía la Iglesia en un momento tan simbólico como el de cambio de milenio?, ¿qué quería de sí misma para los siguientes mil años de historia de la humanidad? Podríamos pensar en caminos de expansión apostólica, en el deseo de lograr un mundo más justo y más humano, en la atención a los más necesitados, en recuperar para la vida de la fe al abotargado Occidente consumista. Pero no es esto lo que le interesaba. Más bien, todo esto «se os dará por añadidura» si se lograba la meta fundamental. ¿Cuál era esta? La *contemplación del rostro de Cristo* (n.º 15). Si tal objetivo se cumplía, si se lograba hacer de los cristianos (y de los hombres de buena voluntad) almas contemplativas, y su objeto de contemplación empezaba a ser Cristo, el resto de fines (nobles, necesarios) se perseguirían con denuedo, en razón de la coherencia –de la *unidad*– de vida que el amor de Cristo acaba despertando en el alma. ¿Cómo no va a perseguir la justicia social, la atención al necesitado, alguien que ha mirado a los ojos de quien «no tiene dónde reclinar su cabeza»? (cf. *Lc* 9, 58)

Desarrolla el santo papa polaco esa idea en el 2.º capítulo de la *Carta*. La petición a Felipe de unos griegos que habían acudido a Jerusalén era: «Queremos ver a Jesús» (*Jn*, 12, 21). Ver, contemplar, era también en cierto modo el contenido de la petición de Bartimeo, el ciego sentado a las murallas de Jericó: «*Ut videam*», haz que vea (cf. *Mc* 10, 51), ese es el contenido de su ruego al Maestro. Y es que en una religión que se presenta como relación personal, la contemplación –la mirada desde el corazón– tiene que ser una necesidad: no se trata de pensar,

³ JUAN PABLO II (2001): *Carta Apostólica «Al comienzo del Nuevo Milenio»*, Palabra, Madrid.

ni de entender, del mismo modo que el amante no necesita entender a la persona amada, sino aceptarla cuando aparece, cuando su sola presencia cumple el milagro de convertirla en «campana entre el gentío» (Luis Rosales).

¿Dónde podemos ver a Jesús?

Sin duda, en los Evangelios, que son el lugar idóneo para al encuentro con su figura histórica (Jesús vivió en la historia, «padeció bajo el poder de Poncio Pilato», recuerda el *Credo*). Él fue niño (cf. *Mt* 1 y 2; *Lc* 2), trabajador manual durante treinta años (cf. *Mc* 6, 3; *Lc*. 2, 51-52), se cansaba del camino hasta el punto de caer rendido en una barca en medio de una tormenta (cf. *Mt* 8, 23-27), tenía amigos íntimos (Marta, María, Lázaro) con los que pasaba el tiempo y con los que reiría (cf. *Jn* 11; 12, 1-8), los niños se acercaban a él porque en su mirada descubrían alguien en quien se podía confiar (cf. *Mc* 9, 36-37).

Pero el papa insiste sobre todo en un modo de lograr tal encuentro: *el camino de la fe*. Refiriéndose a las dudas de Tomás ante el mensaje de la resurrección (*Jn* 20, 24-29), el mismo Cristo hace referencia a la necesidad de esta virtud teologal:

En realidad, aunque se viese y se tocase su cuerpo, *solo la fe podía franquear el misterio de aquel rostro*. Esta era una experiencia que los discípulos debían haber hecho ya en la vida histórica de Cristo, con las preguntas que afloraban en su mente cada vez que se sentían interpelados por sus gestos y por sus palabras. A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe (n.º 19).

Como se ve, el encuentro con Jesús no se produce por medio de un silogismo, de una rigurosa demostración lógica.

Se suele decir (por ejemplo, santo Tomás de Aquino) que las pruebas de la existencia de Dios nos conducen «a lo que todos llaman Dios», pero no al Dios cristiano, y menos al *misterio del Verbo Encarnado*, cruce de caminos en el que se da la clave de la visión cristiana del mundo.

«Haz que vea». Esa frase de Bartimeo refleja la actitud más adecuada para llegar al encuentro de Cristo. La «locura para los gentiles» (para los griegos, padres de la filosofía; cf. *I Cor* 1, 23) puede radicar en esto: no es la cristiana una religión de contenidos *generales*, de esos universales a los que arriba la razón, sino que su objeto de creencia es un *quién* concreto, la Persona de Cristo. Cristo no escribió un tratado. Nos ha dejado una narración (los Evangelios) en la que no se recogen solo sus palabras, sino también sus acciones y sus gestos: su vida.

Y —ya lo decía Aristóteles— de lo concreto no hay ciencia: el conocimiento de lo concreto (en el caso de que sea una persona) solo puede ser personal, interpelante, en una relación de intimidad. «Yo le miro y Él me mira», así resumía un anónimo campesino su oración al Santo Cura de Ars.⁴ *Yo y tú*, trato.

III. Contemplar el rostro del Otro

Indica el Evangelio que la afirmación de san Pedro sobre la divinidad de Cristo («Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»; *Mt* 16, 16) no le habría sido revelada ni por la carne ni por la sangre, «sino por mi Padre que está en los cielos» (*Mt*, 16, 17). El descubrimiento petrino de la verdad de Cristo no es fruto de una brillante deducción (por otro lado, difícilmente creíble en alguien tan rudo como el pescador galileo).

⁴ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.º 2715.

A la contemplación plena del rostro del Señor no llegamos solo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Solo la *experiencia del silencio y de la oración* ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio [...]: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (*Jn*, 1, 14) [n.º 20].

De hecho, el desarrollo de la *Tertio Milenio* sigue esta línea: en Cristo se encuentra el rostro del Hijo, el rostro doliente, el rostro resucitado (n.º 24-28), y la fórmula que propone san Juan Pablo II para recuperar o recomponer la vida desde ese encuentro, para «caminar desde Cristo», es justamente la señalada: «no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona» (n.º 29), de modo que habrá que desarrollar los medios necesarios para que los fieles estén en condiciones de dar con ella, de entusiasmarse con la locura divina (la *theia mania* platónica) presente en la serena, a la vez que profunda, mirada de Jesús. De ahí que, indica san Juan Pablo II, las prioridades pastorales (lo que deberían empujar los obispos, párrocos y todos los cristianos en la medida en que todos son apóstoles) sean⁵:

- 1) la *santidad*, que supone la vocación universal a la perfección de todos los cristianos (cf. *Lumen Gentium*, n.º 40) —de todos los hombres, pues todos son hijos de Dios en el Hijo—. Esa *llamada* (*vocatio*, *vocación*) necesita ser escuchada para que se produzca la respuesta, el *encuentro*, y por eso es necesario pararse a contemplar, mirar directamente hacia los ojos del rostro de Cristo. El mirar y ser mirado se plasma en un compromiso que ha de dirigir la vida de

⁵ Junto con la Eucaristía dominical, el sacramento de la Reconciliación, la primacía de la gracia, la escucha y el anuncio de la Palabra, que no trato por razón de brevedad. Cf. *op. cit.*, n.º 35-41.

cualquier cristiano. Recuerda el papa que ese compromiso llega hasta el punto de que preguntar a un catecúmeno si quiere recibir el bautismo significaría lo mismo que preguntarle: «¿Quieres ser santo?» (n.º 31);

- 2) la *oración*, el arte de contemplar, tan complejo en un mundo como el nuestro, atrapado por la prisa y el ruido (la interferencia) que lo dominan todo. Y esa oración no se limita a la petición de ayuda (como si Dios solo pudiera ser objeto de un amor interesado, como si no pudiéramos fiarnos con verdad de Él y nos viéramos obligados a chantajearle —«Si no me concedes esto, perderé la fe, ya no te haré caso»; «Si dejo de sentir, o dejo de tener necesidades, no te trataré más»—), «sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto *hasta el arrebatado del corazón*» (n.º 33).

El hombre y la mujer cristianos viven (deberían vivir) en una constante presencia de Dios que les permitiera asistir al espectáculo de su propia biografía (plagada de cosas bellas y de sucesos traumáticos) con la serenidad de quien sabe que, detrás del aparente caos del *ahora*, hay un Padre amoroso que vela por el bien de sus hijos. De ese modo, aunque nosotros no podamos conocer ni comprender esos designios, sabemos que existen, y podemos suponer un sentido a todo, *esperar* en la realidad de ese sentido que quizás ahora no vemos.⁶ Una cosa es que algo nos duela, otra que eso nos lleve a suponer que todo está envuelto en el caos y la locura. Un cristiano sabe completamente falsa la descripción que hace Macbeth sobre la existencia humana («la historia de un imbécil narrada por un loco»).

La necesidad de oración es tal que el mismo papa afirma:

⁶ Cf. BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica «Spe salvi», sobre la esperanza cristiana.*

Se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no solo serían cristianos mediocres, sino «cristianos con riesgo». En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición (nº 34).

El mayor peligro del cristianismo, como de la vida espiritual en general, no fue el materialismo ideológico que imponía la ideología comunista. Ni siquiera la persecución: es la *superficialidad*, aceptar una existencia poco intensa, *perder la vida viviendo*.⁷ El problema es perder la capacidad de *encontrarse* con otros, de *despertar a la realidad*, de despertar al deslumbramiento que produce el encuentro interpersonal en los ojos de un niño, en el desamparo de un pobre, en la soledad de un anciano, en la debilidad de un enfermo, en la tristeza de un deprimido, en la amargura de un ambicioso, en la alegría de alguien que se enamora y se encuentra experimentando el momento más intenso de su vida.

Y si la condición de durmiente ya domina tantas de nuestras relaciones humanas (marcadas como están por los *lugares comunes*, el carácter impersonal del «se» —se dice, se piensa, se afirma—, marcadas como están por la falta de intimidad), ¿cómo no va a dominar en la relación con un Dios al que no vemos? El *encuentro* requiere contemplación. Y ese es (lo dice Aristóteles, que no era cristiano) «el modo más alto de vida».⁸ ¿Qué más sería necesario para que se produjera?

⁷ Cf. ELIOT, T.S., *Coros de la roca I*.

⁸ Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, 10.

IV. Cristianismo y negatividad

El encuentro puede tener lugar por medio de la gracia de la conversión. Esto es, cuando los cimientos del «mundo interpretado» saltan por los aires, y no por una decisión nuestra, sino porque nos sale al paso lo inesperado con una luz que se presenta como verdad conmovedora —dos ejemplos arquetípicos: el llanto de Pedro tras la resurrección, la conversión de san Pablo—.

Quizás se llegue a ese encuentro casi indirectamente, por medio de la belleza que acompaña a lo auténticamente cristiano, que nada tiene que ver con los tristes sucedáneos que acompañan a la beatería o al miedo a la vida. Lo decía el Cardenal Ratzinger en 2002:

He afirmado a menudo que estoy convencido de que la verdadera apología de la fe cristiana, la demostración más convincente de su verdad, contra toda negación, son de un lado los santos y de otro la belleza que la fe ha generado.⁹

Por un lado, dice el predecesor del papa Francisco, la exposición de la fe no tiene que ver con la negación. Menos aún con la negación de la vida. La caricatura de la fe no nace de ella misma. Nace de aquellos que la remedan presentando al cristianismo como cumplimiento sin amor (lo que los medievales llaman *temor servil*, por el que la razón de la vida cristiana sería el temor al castigo o la condena, frente al *temor filial*, aquel que surge del deseo que tiene un hijo de no hacer sufrir a su padre porque sabe que su padre le ama, y no por miedo a una penitencia).

El cristianismo era muchas veces presentado de ese modo: prohibiciones ridículas, sin fundamento, en un mundo irracio-

⁹ RATZINGER, J. (2006): *La belleza. La Iglesia*, Encuentro, Madrid, p. 19.

nal dominado por el pavor y la dialéctica del «NO». En broma, alguien decía: «Todo lo que me gusta es pecado, me sienta mal, o engorda». En la misma línea, un antiguo anuncio de tabaco usaba este eslogan: «Da placer y no es pecado..., ¿qué será?». Y eran unos cigarros. Como si el placer, la alegría de la vida, la apreciación de todo lo creado como algo que «era muy bueno», no entrara en la perspectiva cristiana.

Quizá muchas veces la exposición de la fe --más centrada en una moral de prohibición que en un encuentro interpersonal con Cristo y en un compromiso que nace del amor-- ha sido deformada por sus mismos defensores. La moral de casuística, un cierto olvido de la misericordia,¹⁰ la confusión de la *perfección* con un pesado *pelagianismo* que conducía a vidas rígidas y anancásticas (lastradas por un perfeccionismo inhabilitante).

La palabra «evangelium», que significa «buena nueva» [...]. Pero casi siempre comparamos con melancolía, si no ya con amargura, esta etiqueta que invita con nuestra experiencia cristiana real y con la impresión que producen los cristianos, con la tristeza, los escrúpulos atormentadores, las angustias de espíritu que se nos presentan como la más cruda refutación de lo cristiano. El sentimiento de que el cristianismo se opone a la alegría, la sensación de angustia y de insatisfacción es, sin duda, una de las razones del distanciamiento de la Iglesia, mucho más fuerte que todos los problemas teóricos que la fe tiene que solucionar en nuestros días.¹¹

No es la teoría, es la vida (o la ausencia de la misma, porque en la tristeza no se produce encuentro sino segregación) la que

¹⁰ Cf. FRANCISCO I (2015): *Bula Misericordiae Vultus*, abril.

¹¹ RATZINGER, J. (1985): *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Herder, Barcelona, pp. 87 y ss.

construye o daña. Y si se insistía en que la tristeza o la angustia no eran el motor de lo cristiano, y se mostraba el «porque sí» como razón principal de la propia actuación (al igual que las razones últimas de un amor de pareja o de amistad tratan de no ser otras que el deseo de amar al amado, de ser «amada en el amado transformada»), seguía flotando en el aire la duda que siembra la calumnia y que anega a las víctimas, y de ese modo la anécdota se convertía en categoría, se generalizaba lo particular, y el que opinaba se dejaba llevar por la comodidad del juicio ligero que no le comprometía a nada. Un cristianismo transformado tiene solamente un parecido lejano con el cristianismo, del mismo modo que la actitud vigilante del celoso es una burda caricatura del cuidado delicado del amante.

La religión cristiana no es negación, sino afirmación. Si los mandamientos se enuncian en negativo («no matarás, no mentarás, no consentirás pensamientos ni deseos impuros») es porque las posibilidades de construir son tantas que no pueden detallarse: se indica el mínimo (no puedes matar al inocente), pero de fondo se abre la puerta a la perfección propia de lo santo (encuentra los mil modos de fomentar siempre la vida a tu alrededor). Y lo santo es efervescencia de ideas, es vida llevada a su cénit, es inventiva sin cuento. No se ofrece una lista de lo que se puede hacer (el amor es novedad), sino de aquello que te impediría en absoluto hacer aquello que amas: si matas, y no te arrepientes, todo está perdido.

De forma análoga, la prohibición del desorden en el sexo no se debe a una repulsa o miedo ante la sexualidad. El Génesis recuerda que «hombre y mujer los creó», que tenían la tarea de la procreación, que serían «una sola carne» (imagen abiertamente afirmativa del designio divino sobre la bondad de las relaciones sexuales). También se puede hallar en la Biblia el **Cantar de los cantares**, y no es un libro erótico que se ha

colado inadvertidamente dentro del canon bíblico, sino que se sirve de la imagería erótica —la noche nupcial, con su misterio y belleza— para ilustrar las relaciones entre Dios y su pueblo. Además, la Iglesia anima la generosidad en el amor matrimonial, aplaude las familias numerosas (¡y es seguro que no cree en las cigüeñas, ni las predica!: ¡sabe cómo se hacen los niños!). También define la *unidad* entre los esposos (*una caro*, una sola carne) como una de las dos características esenciales de la conyugalidad, prepara a millones de personas para el matrimonio, bendice esa institución con la solemnidad de un sacramento. ¿Podría hacer eso si considerara el sexo como algo negativo?

El desorden en la sexualidad se prohíbe precisamente por la dignidad misma de lo sexual. En la entrega sexual se da una de las formas más claras de la condición de *imago Dei* que tiene la persona humana, pues, por la relación conyugal, hombre y mujer se parecen a Dios al cooperar en la creación, aportando esa novedad radical que es la persona del hijo, de cada hijo. Y realizan el sacrificio de aceptar la responsabilidad que supone la crianza de la prole, los largos años de sustento y amor a ese desconocido que se ha introducido como fruto en una relación que al principio parecía que iba a ser exclusiva entre los dos.

El dominio de la razón sobre la pasión que se pide que tenga el cristiano (por otro lado, ya plenamente presente, aunque de un modo bastante desencarnado, en el pensamiento de Platón) abre las puertas a evitar cualquier forma de egoísmo en una relación sexual y a ser inventivo en el amor. La pasión —en la medida que es instintiva— deja al sujeto centralizado en el placer o el interés (suyo o de la pareja); la razón y la voluntad, por su parte, son capaces de abrirse al *amor benevolente*, aquel que tiene como único objetivo «la alegría por el bien del otro» —Leibnitz—. Y en esa benevolencia cabe también la alegría erótica ante el otro.

Un dicho clásico lo expresaba así: *corruptio optimi pésima*. Por eso hay bienes que merecen ser custodiados, y la sexualidad es uno de ellos. Es como si el mandamiento dijera: «no hagas nada que te conduzca a amar mal, aprende a amar de veras».

Lo mismo podríamos aplicar a la prohibición de usar el nombre de Dios en vano, de mentir, de robar, de envidiar los bienes del prójimo, o con la obligación de amar a Dios y a los padres (las raíces, el origen, aquellos a quienes hay que agradecer). El cristianismo no es una religión de prohibiciones, sino de afirmación y, en consecuencia, profundamente vital y alegre. La moral cristiana se fundamenta, como todo en esta religión, en el encuentro personal con Cristo y, en Él, con todas las demás personas: cualquier cosa que dañe al ser personal (sea yo mismo, sea el prójimo) queda rechazada, no por afán de prohibir, sino porque falsearía por completo nuestra misión: dejar de vivir «yo» para hacer vivir en nosotros a Cristo, y que al final seamos *otro Cristo, el mismo Cristo*.¹²

V. La belleza y los santos

Volvamos al texto de Ratzinger en 2002. «Para que la fe pueda hoy crecer debemos guiarnos a nosotros mismos, y a los hombres con los que nos encontramos, a conocer los santos y a entrar en contacto con lo bello», decía.¹³

¿Qué decir del valor de la vida de los santos? En ellos se ve *el rostro de Cristo*. Se puede recordar el fallecimiento de santa Teresa de Calcuta, cómo se reconocía en esa existencia la entrega desinteresada hacia los más pobres (en la India, en Londres o

¹² Cf. *Gal* 2, 20.

¹³ RATZINGER, J. (2006): *La belleza. La Iglesia*, Encuentro, Madrid, p. 19.

Madrid), a la vez que fundaba toda su labor en las horas que cada día ella (o cualquiera de sus hijas) pasan ante el Sagrario. Otro ejemplo: la marcha de **san** Juan Pablo II, la *pasión* que le supusieron los años finales de su vida, la clara conciencia de que su misión consistía también en mostrar a Cristo en la Cruz, y cómo su testimonio conmovió a tanta gente, les sirvió a muchos para encontrar un sentido a su propio sufrimiento y para entender o intuir lo que supone, lo que conlleva, el compromiso cristiano. Al mirar al santo se descubre, bajo sus rasgos, la persona de Cristo, y que la respuesta a Él se encarna en una vida. Y que esa vida puede ser tan variopinta como lo son las de los que le siguieron hasta la identificación con Él, cada uno según su modo y estilo. Los santos son la prueba palpable de cómo Dios solo sabe contar hasta uno. Y es que Dios, que el Cristianismo afirma que es Trinidad de Personas, trata en nosotros con un ser también personal.

¿Y qué decir del papel de la *belleza*? La teología del siglo XX se ha visto enriquecida por la larga aportación de von Balthasar acerca de este tema. Los volúmenes de su obra magna (*Gloria. Una estética teológica*)¹⁴ son un gigantesco empeño por añadir a la reflexión sobre la *Verdad* o el *Bien* el trascendental *Belleza*, que alcanzaría su máxima expresión (de nuevo) no en forma de monumentos, sino en la mirada y el rostro de Cristo, en el que se anunciaría la belleza insondable del misterio divino.

Que la belleza tiene una importancia capital en el fenómeno cristiano ya lo había defendido Chateaubriand en *El genio del cristianismo*. Sostiene el autor francés que la fe cristiana ha sido un elemento clave en las bellas artes porque, en la medida en que se introduce en el misterio de un Dios del que somos imagen, y de un Dios que se encarna, lo cristiano se hace la

¹⁴ Editada en siete tomos por Encuentro, Madrid, a partir de 1985.

vía privilegiada para comprender la belleza que radica en hombre, una belleza que no solo se refiere al deleite estético, sino a la presencia numinosa del misterio:

El cristianismo es, por así decirlo, una religión doble: [...] hace marchar de frente los misterios de la Divinidad y los del corazón humano, pues al descubrir al verdadero Dios descubre al verdadero hombre. Esta religión debe ser más favorable a la pintura de los caracteres que un culto que no penetra en el secreto de las pasiones. La mitad más hermosa de la poesía, esto es, la parte dramática, no recibía recurso alguno del politeísmo, puesto que la moral estaba desterrada de la mitología. Un dios subía a su carro y un sacerdote ofrecía un sacrificio; pero ni el dios ni el sacerdote enseñaban lo que es el hombre, de dónde viene, adónde va, o cuáles son sus inclinaciones, sus vicios y sus fines actuales o ulteriores.¹⁵

«Cristo revela el hombre al propio hombre».¹⁶ En esta afirmación el creyente encuentra la clave hermenéutica para su autocomprensión, hasta el punto de que en la vida vivida como la de Cristo (y no es otro el testimonio de los santos, que cumplen con la propuesta paulina de ser «otro Cristo, el mismo Cristo») se encontrará la «belleza que salva».

VI. Cinco razones que unen la antropología con el ser cristiano

¿Por qué ser cristiano hoy?

Ya se han dado varias razones. La *primera*, a causa de un encuentro significativo, esto es, fruto del amor que se despierta desde el conocimiento de la persona de Jesucristo.

¹⁵ CHATEAUBRIAND, R. DE (2008): *El genio del cristianismo*, Ciudadela, Madrid, pp. 189 y ss.

¹⁶ JUAN PABLO II (1978): *Carta Encíclica «Redemptor hominis»*.

La *segunda*, porque la invitación a contemplar que realiza la fe cristiana es un descubrimiento del modo más intenso de vida, esto es, conduce a una existencia máximamente significativa que, si bien no cuenta con una explicación clara para la totalidad de los problemas humanos, sí parte de un fondo de *esperanza* ya que, como fundamento de sentido, cuenta con ese Dios que es Padre, y por lo tanto presupone que esa explicación existe, aunque ahora se nos escape («At the end, all manner of things shall be well», escribe Juliana de Norwich).

La *tercera*, por su carácter afirmativo, esto es, por apuntar a la excelencia y no a la prohibición. Y no solo en una perspectiva escatológica (es decir, más allá de la vida temporal), sino desde el punto de vista del presente humano (el buen cristiano tiene que ser justo, solidario, amante de la verdad, buen amigo, alegre...).

La *cuarta*, por el testimonio de los santos y la belleza de las obras artísticas y existenciales que nacen del cristianismo: convoca la belleza tanto en las cosas como en el quehacer de las personas.

Pero nos queda espacio para una *quinta* razón. Se puede exponer brevemente con un texto de san Pablo. En 2 *Cor* 11, 23-28, el apóstol de Tarso hace un elenco de los reveses que ha sufrido a causa de su misión evangelizadora, por su vocación.

En fatigas, más; en cárceles, más; en azotes, mucho más. En peligros de muerte muchas veces. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno, tres veces me azotaron con varas, una fui lapidado, tras veces naufragué, un día y una noche pasé náufrago en alta mar. En mis repetidos viajes sufrí peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos;

trabajos y fatigas, frecuentes vigiliias, con hambre y sed, con frecuentes ayunos, con frío y desnudez.

Es el impresionante testimonio de alguien que, tras un *encuentro* con Cristo, tras verse llamado por su nombre y señalado por el «Jesús a quien tú persigues», descubre en su misión el sentido de su existencia y lo da todo por ella (por Él). Sin embargo, sus sufrimientos no terminan en esta larga lista que acabamos de transcribir. La cita acaba así:

Y además de otras cosas, *mi responsabilidad diaria: el desvelo por todas las iglesias. ¿Quién desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién tiene un tropiezo sin que yo me abraze de dolor?*

El desvelo por los demás: en eso es donde le va el corazón y la cabeza al autor del *Himno de la caridad* (1 Cor 13). Es decir, la existencia cristiana no se reduce a un encuentro «privado» con Cristo. La consecuencia inmediata de la toma de conciencia que es la misión de la propia vida es el cuidado del prójimo. El cristianismo no es individualista, sino que todo él consiste en la construcción de una gran red de caridad, de comprensión, de amor al prójimo y de perdón. El joven Ratzinger comenzaba su *Introducción al Cristianismo* recordando la ambivalencia del «creo-creemos», que culmina en el «Amén» del *Credo*.¹⁷

«Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13, 1) porque «nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Donación, entrega, misión, tarea de apóstol que es caridad, y caridad significa desvivirse, salir del estrecho círculo del egoísmo interesado.

¹⁷ RATZINGER, J. (1971): *Introducción al Cristianismo*, Sígueme, Valladolid, pp. 21-76.

Para mí, el vivir es Cristo y el morir, una ganancia. Pero si vivir en la carne me supone trabajar con fruto, entonces no sé qué escoger. Me siento apremiado por los dos extremos: el deseo que tengo de morir para estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor, o permanecer en la carne, que es lo más necesario para vosotros. A la vista de esto último, estoy persuadido de que me quedaré y permaneceré con todos vosotros para vuestro provecho y gozo de la fe; para que conmigo, con ocasión de mi presencia de nuevo entre vosotros, aumente vuestro orgullo de ser de Cristo Jesús (*Fil* 1, 21-26).

La gracia de la fe es hermosa: en ella se dilatan los ojos, no solo para ver el fondo de *sentido* (de amor) que gobierna el mundo, sino también para participar activamente de esa fuente cuyo ser consiste en donar amor. Como se dice de Cristo, el cristiano debe pasar por el mundo *haciendo el bien* (*Hch* 10, 38). Si realmente vive como tal, será sembrador de la alegría y de la paz. Por esa razón, se puede decir, sin temor a equivocarse, que lo cristiano solo puede existir en donde se da el júbilo. Con palabras de Benedicto XVI:

Donde la alegría está ausente, donde se extingue el humor, es seguro que no está el Espíritu de Jesús. Y a la inversa: La alegría es signo de la gracia.¹⁸

Insiste el **papa emérito**:

La raíz de la alegría es que el hombre esté de acuerdo consigo mismo. Quien puede aceptarse a sí mismo, ha conseguido el sí decisivo. Vive en el sí, en la aceptación positiva. Y quien puede aceptarse, puede aceptar también el tú, puede aceptar el mundo. La razón de que un hombre no pueda aceptar el

¹⁸ RATZINGER, J. (1985): *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Herder, Barcelona, p. 97.

tú, es que no puede aguantar a su yo. Pero aquí nos sale al encuentro una cosa notable: la incapacidad para el yo produce la incapacidad para el tú, como acabamos de ver. Ahora bien, ¿cómo consigue una persona dejar valer su yo, estar de acuerdo con él? Surge aquí tal vez lo inesperado: él solo no puede conseguirlo de ninguna forma. Su yo le resulta aceptable solo porque previamente ha sido aceptado por otro. Solo puede amarse a sí mismo cuando previamente ha sido amado por otro,¹⁹

y ese amor lo da Jesucristo, y los que identificados con Él van sabiendo convertir su vida ordinaria en una ocasión de cuidar de los otros. Esta vivencia de la alegría de vivir la proporciona la experiencia cristiana.

Todos estos motivos encuentran un resumen intenso en el umbral del Nuevo Testamento, cuando la anciana Isabel, conocedora de la generosidad, la misión, la esperanza de la Doncella de Nazaret, resume toda esa vida en una sola expresión, expresión que es la síntesis de la consecuencia de la respuesta del cristiano a la lógica del encuentro con Dios: «¡Alégrate!» (cf. *Lc.* 1, 42-45).

11 de julio de 2018

¹⁹ *Ibid.*, p. 92.

BIBLIOGRAFÍA

- ARANGUREN, J. (2017): «Awakening to Reality. An Approach to the Problem of Poverty», en *Revista Empresa y Humanismo*, vol. XX, n.º 2, pp. 157-190.
- EASTERLY, W. (2007): *The White Man's Burden: Why the West's Efforts to Aid the Rest Have Done So Much Ill and So Little Good*, Penguin, Londres.
- LUKIANOFF, G. y HAITT, J. (2018): «La mimada mente americana», en *Nueva Revista*, n.º 165, pp. 98-124.
- MOYO, D. (2009): *Death Aid. Why Aid Makes Things Worse and How There is Another Way for Africa*, Penguin, Londres.
<<https://www.proyektokaribusana.org/diario/los-problemas-nino-masai/>>.

**Para más información,
véase nuestra página web
www.unioneditorial.es**